

sion del Evangelio, que le parecia baja y trivial, con un término sinónimo pero mas elegante. El mismo San Gerónimo, al emprender una nueva traduccion de la Escritura, preveía los clamores que se iban á levantar de todas partes, si le acontecia el separarse, aun en lo mas pequeño que fuese, del texto original, ó de las antiguas versiones. Seria pues el mayor absurdo suponer en estos Libros alguna alteracion sustancial; pues no podria señalarse nunca ni el motivo, ni el objeto, ni la época, ni el autor de esta pretendida falsificacion."

26. "Pero si el incrédulo no puede oponerme sino hipótesis que por sí solas se destruyen, yo puedo agoviárlas con una prueba de hecho que tiene á su vista todavía. Recorred, le diria, los innumerables escritos de los Padres de la Iglesia, quienes han trascrito en cierto modo todo el Nuevo Testamento en sus comentarios, en sus homilias, en sus tratados dogmáticos; y allí encontraréis el sentido y casi siempre las palabras mismas de nuestros Libros santos: de suerte que si por un imposible llegaran estos á desaparecer repentinamente, seria fácil reponerlos todos con solo recoger las citas esparcidas en los autores eclesiásticos: prueba demostrativa de la integridad de los Libros del Nuevo Testamento: pues de ella resulta que nuestros ejemplares de hoy son de todo punto conformes á los de la mas remota antigüedad." <sup>1</sup>

27. No me detendré mas en este punto, amados hijos, pues las breves reflexiones del sabio escritor que he citado son mas que suficientes para demostraros que todos los libros del Nuevo Testamento, no solo fueron escritos en efecto por los mismos autores cuyos nombres llevan, y contienen la verdad en todas sus partes, sino tambien que han llegado hasta nosotros, merced al cuidado y esmeradísima solicitud religiosa de nuestra Santa Madre la Iglesia, sin la mas leve alteracion sustancial. No resta ya, para completar la demostracion católica sobre las santas Escrituras, sino probar, como se hizo tratándose de los Libros de Moysés y los otros del Antiguo Testamento, que son tambien divinos, es decir, que fueron inspirados por Dios: asunto vasto, que no puede formar parte de una sola instruccion sino que exige varias, y que por lo mismo reservo para la siguiente.

<sup>1</sup> Demonstration-évangélique, chap. II, art. VI.



## PRELIMINARES

DE LA

# DOCTRINA CRISTIANA.

## DECIMASEXTA INSTRUCCION.

LA DIVINIDAD DE LAS SANTAS ESCRITURAS PROBADA POR LA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Testimonia tua credibilia facta sunt mihi.  
Tus testimonios se han hecho creíbles en gran  
manera.—Ps. XCII, § 5.*

<sup>1</sup> **D**ESPUES de haberos manifestado, hijos míos, que todos los libros del Nuevo Testamento fueron escritos por los autores que les suscriben y en el tiempo á que se refieren, que contienen la verdad en todas sus partes y han llegado sin ninguna alteracion sustancial hasta nosotros, solo me resta el probar que son divinos, como lo hice hablando del Antiguo Testamento, para completar la demostracion católica sobre la autoridad divina de las Santas Escrituras. Esto es lo que me propongo hacer aquí, dando como una prueba total de la divinidad no solo del Santo Evangelio sino de toda la Escritura Sagrada, que Jesucristo es Dios. Por esto he dicho que la Divinidad de Jesucristo prueba la de la Santa Escritura. En efecto, como toda ella tiene por objeto á Nuestro Señor Jesucristo, el Antiguo Testamento con un carácter profético y el Nuevo con un carácter histórico; como Jesucristo tuvo especial cuidado de dar su testimonio al primero, reconociendo la mision divina de Moysés y los Profetas y la inspiracion celestial de los otros autores, al paso que su venida, sus acciones, su vida, su muerte y cuanto á su mision pertenece forma el objeto del segundo, claro es que con solo probar que Jesucristo es Dios, la autenticidad, verdad y divinidad de toda la Escritura resplandecen con todas las luces de la evidencia en el fondo de nuestra alma, y los motivos de credibilidad constituyen por sí una ciencia cierta y estrictamente demostrativa.

Una vez probado que Jesucristo es Dios, todo está hecho y queda establecido; porque, siendo infinitamente veraz, nada es ni puede ser tan seguro como su testimonio para afirmar nuestra creencia, como exclama el Profeta-Rei en las palabras de mi texto: "Tus testimonios, dice, se han hecho en gran manera creíbles:" *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.* Todo pues depende, vuelvo á decir, de probar la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo.

2. Para esto, hijos míos, contamos ya con un punto de partida muy seguro, y es la demostración previa que ya se ha hecho de la verdad ó integridad de ambos Testamentos: pues para demostrar su divinidad, no tenemos que hacer sino únicamente apreciar como es debido, ya los hechos que allí se refieren, ya la doctrina que en ellos se explica. Voi pues á demostraros que Jesucristo es Dios, no con aquella superabundancia que lo hacen los apologistas del cristianismo, pues para ello sería indispensable de todo punto escribir un grueso volumen, sino con aquella limitada medida que se reduce á dar lo estrictamente necesario: pues que mi principal objeto es, como ya os he dicho, explicaros la doctrina como á un pueblo creyente, y no demostrársela como á un auditorio de incrédulos. Mas como en esta materia la verdad resplandece toda, no solo en el vasto conjunto de sus pruebas, sino en cualquiera de ellas tomada con separación, estoy en la inteligencia de que lo poco que os diga, basta para daros una demostración convincente.

3. El Antiguo Testamento con sus promesas, emblemas ó figuras, instituciones religiosas y civiles y profecías; el Nuevo Testamento con sus relatos exactísimos y fieles, con los caracteres sublimes y únicos de su doctrina; y la historia de la Iglesia con los grandes hechos concernientes á su milagroso establecimiento, á la rápida propagación de la doctrina y á su perpetuidad, pueden considerarse, amados hijos, como tres repertorios ó depósitos inmensos de pruebas victoriosas para la ciencia católica. Yo elegiré una sola prueba de cada género, para concertar aquí la economía del discurso con la amplitud de la materia: el Antiguo Testamento me dará sus profecías, y con ellas una prueba de que Jesucristo es Dios, y esta será la primera parte; el Nuevo me dará la noticia cierta de los milagros con que Jesucristo Señor nuestro confirmó su misión, y esta será la segunda; la historia de la Iglesia me proporcionará la robusta prueba que nace de su misma institución y la propagación de su doctrina, y esta será la tercera.

4. Ya os he dicho que la palabra *Profeta*, tiene varias acepciones que la Santa Escritura distingue perfectamente, como sucede con otras palabras aun en el lenguaje común; mas yo no hablo aquí sino de una sola clase, de aquellos á quienes conviene la palabra *profeta* en su sentido propio y estricto, de los hombres inspirados de Dios que por esta luz sobrenatural conocieron cosas que no habían sucedido aun, ni podían reverse para lo futuro con todas las luces de la razón humana, y las anunciaron en términos y con el concierto y orden mas á propósito para conocer la preexistencia y el cumplimiento del anuncio, descubrir el don sobrenatural que aquella suponía y convenirse de la misión que con la profecía debe probarse. Veámos pues cómo sus profecías fueron puntualmente cumplidas y por lo mismo, prueban que Jesucristo es Dios.

5. El Génesis nos dice (cap. XLIX, v. 10) "*No será quitado de Judá el cetro, ni*

"de su maslo el caudillo, *hasta que venga el que ha de ser enviado*, y él será la expectación de las gentes:" he aquí la profecía. ¿Y qué nos dice la historia? que "cuando hubo nacido Jesus en Bethlem de Judá en tiempo del Rei Heródes, unos Magos vinieron del Oriente á Jerusalem," segun la narración de San Matéo (cap. II v. 1). El Profeta Isaías, en el capítulo cuadragesimo, verso tercero anuncia cual si la fuese presente, una misteriosa voz que interrumpiría el silencio del desierto, para que todos preparasen los caminos del Señor: *Vox clamantis in deserto: Parate viam Domini, rectas facite in solitudine semitas Dei nostri*: he aquí la profecía. Venid ahora á la plenitud de los tiempos, ¿dónde resuena esta voz? Escuchadla, hijos míos. En el capítulo I, v. 23 del Evangelio de San Juan. El Bautista, preguntado por los Sacerdotes y Levitas sobre quién fuese, respondió: "Yo soi la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor, como lo dijo Isaías Profeta." Daniel, hablando en el capítulo noveno de la visión que tuvo en la oración, dice: que Gabriel le instruyó y habló acerca de todo lo que habia de suceder con relación al Mesías, y entre otras cosas le dijo: "Sabe pues y nota atentamente: desde la salida de la palabra, para que Jerusalem sea otra vez edificada, hasta Cristo príncipe, serán siete semanas: y setenta y dos semanas: y de nuevo será edificada la plaza, y los muros en tiempos de angustia. Y despues de setenta y dos semanas será muerto el Cristo: y no será mas suyo el pueblo que lo negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario; y su fin estrago, y despues del fin de la guerra vendrá la desolación decretada:" (vv. 25, 26 y 27) Tal es la profecía. ¿Dónde está su cumplimiento? Estas semanas son de años y segun el cómputo formado por los intérpretes de la Santa Escritura, forman la suma de cuatrocientos treinta y cuatro años, que se cuentan desde la restauración de Jerusalem hasta el año décimoquinto de Tiberio, en que Jesucristo fué bautizado, como leemos en el capítulo III, v. 21 de San Lucas. Profetizase tambien aquí la muerte de Jesucristo narrada por los mismos evangelistas y descrita proféticamente con la mas estupenda minuciosidad por el Profeta Isaías. Anúnciase aquí tambien que Jesus habia de ser negado por su pueblo, y el Evangelista San Juan dice: que "á los suyos vino, y los suyos no le recibieron," (cap. I v. 11), con lo cual véis en perfecta concordia el anuncio y el suceso. Predice tambien el Profeta la reprobación de aquel pueblo ingrato y descreído (*no será mas suyo el pueblo que le negará*), la destrucción de la ciudad y el templo, y por consiguiente la proscripción absoluta del pueblo judío. ¿Y qué véis, amados hijos? ¿qué vió entonces el mundo, que ha sabido siempre y hoy mismo está presenciando? El exactísimo, puntual y espantoso cumplimiento de aquella profecía. El mismo pueblo judío apartó á Jesus de su creencia y de su amor, ó para mejor decir, ni un momento le creyó, y á fin de que no quedase ninguna duda, terminantemente dijo: que no queria que reinase sobre él, ni reconocia otro rei mas que á César, y que la sangre del Cristo derramada cayese sobre él y toda su posteridad. Esta nación salió pues ya de sí misma, por decirlo así, dejando de ser el pueblo escogido, depositario de la verdad y heredero de las promesas: dió un paso el tiempo y no quedó piedra sobre piedra ni del templo ni del muro: acabó la ciudad antigua, reina de las naciones, como la llama Jeremías, bajo los golpes exterminadores de una legion enemiga; y un pue-

blo vivo, sin verdad, sin código, sin gobierno, sin instituciones, sin patria, vaga por el orbe diez y ocho siglos há, como un testigo immortal, digámoslo así, de la verdad histórica y divina que negó y niega todavía, de la misión celestial del Hijo de Dios, á quien rehusó admitir y no quiso reconocer, y de la religión instituida, perpetua, soberana, cuyos títulos entre otros están representados en la condición y suerte de este pueblo proscrito.

6. Si de aquí pasase á los otros rasgos proféticos perfectamente bien marcados en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, tendría cuidado de advertiros que aquel vástago de la raíz de Jessé, que habia de hacer lucir en sus extremidades la flor, como se explica Isaias en el primer versículo del capítulo undécimo, es aquel Dios Hombre de quien habla Pablo en el Libro de los *Hechos apostólicos* (cap. XIII v. 23), que aquel descendiente de la mujer, de quien habla el Génesis (cap. III v. 15) anunciando que quebrantaría la cabeza del dragon, que habia de nacer de la estirpe de Abraham, y en quien serian benditas todas las generaciones, (Génes. XVIII, 18.) es aquel de quien habla el Príncipe de los apóstoles en el capítulo tercero del libro de los *Hechos apostólicos*: que aquel Profeta semejante á Moisés, mencionado en el versículo 15, capítulo XVII del *Deuteronomio*, es el mismo Jesucristo; que aquel rei suscitado por Dios de la sangre de David, que habia de hacer triunfar la justicia sobre la tierra, y que por excelencia se habia de llamar el *Justo*, segun leemos en el capítulo XXIII vv. 5 y 6 de la profecía de Isaias, es el mismo de quien habla San Juan en el versículo 45, capítulo I de su evangelio, cuando dice: *"Hallado hemos á aquel, de quien escribió Moisés en la lei y los Profetas, á Jesus hijo de José el de Nazaret."*

7. Cuando el Rei Profeta contemplaba en espíritu al mas hermoso entre los hijos de los hombres, cuyos labios rebosaban la gracia, en cuyo corazón estaba el amor de la justicia y el aborrecimiento de la iniquidad (Ps. XLIV vv. 3 y 8): cuando Isaias descubria en el fondo de los siglos un personaje sobre quien habia de reposar el espíritu del Señor, á quien habian de ceñir como una faja la justicia y la fe, que habia de apacentar su rebaño como un pastor, juntando los corderos con la fuerza de su brazo y conduciéndoles sobre su pecho: cuando Zacarias le designa (cap. IX, v. 9) como el Rei que viene, justo por excelencia, portador de la salud, notando que es pobre y monta en un jumento, ¿no véis, hijos míos, que están pintando facción por facción á Jesucristo? El mismo decia: *"¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?"* se muestra como el buen pastor: su misión es toda de gracia; predica una moral que observa estrictamente, invita al arrepentimiento y reprueba la iniquidad; es aclamado bendito en el Nombre del Señor y reconocido como Rei, cuando penetra en Jerusalem; pero va pobre como nació y habia vivido, montado sobre un jumento.

8. Si de aquí pasase á dibujar el cuadro de su pasión y de su muerte, yo pudiera, hijos míos, daros como historia el anuncio, pues todos los pasos de la pasión han sido predichos con tal minuciosidad por los Profetas, que sus narraciones mas parecen una historia que una profecía. Su entrada en Jerusalem en humilde trínfo sentado en una vil cabalgadura, y luego la entrega y sacrilega venta de Su Majestad en treinta dineros están referidas proféticamente por Zacarias; (XI, 12 y 13) su flagelación sangrienta é

infinitamente ignominiosa; las salvas que arrojaron sobre su venerable y hermosísimo rostro; sus piés y manos clavados en la cruz, sin que por esto hubiese quedado roto ninguno de sus huesos; la hiel y vinagre que le dieron á beber; el reparto de sus vestiduras santas, y la rifa ó sorteo de su túnica: todo lo hallamos cantado por el Poeta Rei, (Ps. XXI.) como en Isaias menudamente referido su género de muerte y sepultura con la mas prolija minuciosidad. (LIIII, 9.)

9. Ved pues hijos míos con que maravillosa puntualidad se corresponden aquí las profecías y los acontecimientos: ved este enlace de los dos Testamentos; ved cómo todo parece venir á recogerse, como los radios á un centro, en la Persona de nuestro Señor Jesucristo. ¿Cómo dudar, en vista de todo, que él es el Mesías verdadero, el Redentor prometido á los hombres, el Unigénito del Padre, un verdadero Dios? Por mucho que la sofistería de los incrédulos cavilase, no encontraría en todo el universo ni en todos los siglos uno á quien pudiesen convenir tan señaladas y características predicciones; y es necesaria toda la pertinacia inconcebible del pueblo judío para estar aguardando al Mesías que él se ha figurado, sin embargo de haber sido testigo presencial de su venida. Jesucristo, pues, es Dios, y á esta divinidad da un testimonio cumplido el Antiguo Testamento con sus profecías. Pero no nos detengámos aquí; veámosle á él mismo mostrarse un verdadero Dios al través de su Santa Humanidad, no solamente con la doctrina sobrenatural que predica, y las virtudes que le distinguen, y los rasgos verdaderamente divinos de su carácter moral, puntos que reservo para otra parte, sino en ese poder verdaderamente divino con que domina la naturaleza en toda su escala y se muestra como el Arbitro Supremo de la vida y de la muerte, en la serie de sus milagros; pero tal es la materia del siguiente punto.

## II.

10. No esperó Jesucristo estar en la plenitud de su edad y en la carrera de su vida pública para mostrar la naturaleza divina que habia unido con la humana: niño todavía, obra un portentoso verdaderamente admirable: penetra en el recinto que ocupan los Doctores de la lei; preséntase á ellos; habla; y la doctrina celestial que se desprende de sus labios arroba y confunde á los primeros sabios de Israel. Pero dejémos esto, ni tomemos tampoco aquellos prodigios que habian precedido, acompañado y seguido inmediatamente á su nacimiento, para venir al cuadro de sus milagros. Es excitado por su Madre para que socorriese con vino á los convidados en las bodas de Caná, por haberse acabado enteramente el que habia, y sin embargo de no ser llegado aun el tiempo que tenia destinado para hacer sus prodigios, convirtió en vino seis tinajas de piedra que contenian agua destinada para la purificación de los judíos, y todo esto con solo la fuerza de su palabra. Sanó con solo un acto de su voluntad al hijo de un cortesano que habitaba en Capernaum: "Señor, le decia éste, ven ántes que muera mi hijo; y Jesus le respondió: "Ve, que tu hijo vive." La eficacia de estas palabras surtió en el acto mismo su efecto; pues al dia siguiente que aquel volvía para su casa, vinieron á encontrarle sus criados, anunciándole que su hijo habia sanado á las siete horas del prece-

dente día, es decir, en la hora misma en que Jesús le había dicho: *tu hijo vive*. Arroja, en la ciudad mencionada, el espíritu inmundo de un hombre á quien poseía. Sosiega las tempestades con el imperio de su palabra: vuelve el movimiento á los paráliticos, la limpieza á los leprosos, la salud á toda clase de enfermos, y por último, resucita á los muertos, como lo hizo con el hijo de la viuda de Nain y con su amigo Lázaro. En fin, os diré lo que él mismo mandaba decir al Bautista en ocasion en que éste, desde la cárcel en que le tenía preso Herodes, había enviado á dos de sus discípulos á preguntarle, "si él era el Mesías ó debían esperar otro," pregunta motivada por las noticias que constantemente estaba recibiendo en su misma prision, sobre los muchos, notorios y portentosos milagros de Jesús. "Id, les dijo el Divino Maestro, y contad á Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan." Ved aquí, hermanos carísimos, un magnífico resumen hecho por el mismo Jesús de todos los milagros estupendos que con harta frecuencia obraba, para dar testimonio de su mision.

11. Pero el milagro de los milagros, el prodigio por excelencia, la obra maestra, digámoslo así, del poder divino de Jesucristo es el de su resurreccion gloriosa, predicha por él mismo con mucha anticipacion y la mas grande notoriedad. Refírese aquí la profecía y el milagro para manifestar á todo un Dios. Nada mejor comprobado que este prodigio á que dieron un testimonio constante los apóstoles y mas de quinientos hermanos que habian visto á Jesús elevarse á los cielos; y notad, hijos míos, cuánto precio tiene por el conjunto de sus circunstancias la solemne, repetidísima y autorizada declaracion de los Apóstoles. Es el tema de su predicacion, es una verdad que confirman ellos con los milagros que hacen á su turno, como sucedió al tullido de nacimiento que pedia limosna en la puerta del templo llamada *Espeçiosa*, y que á la voz de Pedro, que le restituyó la plena salud á nombre de Jesucristo, se levantó en el acto y echó á andar suelto y espedito en presencia de una numerosa multitud: testimonio memorable, pues que salia de los labios de aquellos hombres dechados de todas las virtudes, acreditados en todas las pruebas, templos vivos de santidad: testimonio ilustre, pues que atrajo en multitud á los judíos y gentiles á profesar la religion de Jesucristo: testimonio heroico, exhibido con la santa libertad apostólica en presencia de los Reyes y potentados del mundo, rabiosamente conjurados contra la verdad: testimonio irresistible pues que sellado con la sangre de sus autores, que murieron por esta verdad en los mas crueles suplicios, deja muy atras á cuanto mejor probado tiene la crítica y mas caracterizado la historia.

12. ¡Cuánto pudiera deciros aún, amados hijos, si los límites de un discurso como el mio no me obligaran á ser excesivamente sobrio! Pero esta sencilla manifestacion de los portentos obrados por el mismo Jesucristo en prueba de la mision divina que trajo de su Padre, bastan sin duda para que os forméis una idea de toda la fuerza demostrativa que tienen ellos para convencer y persuadir á todo hombre sensato de que Jesucristo es Dios. Sin embargo, hagamos todavía ciertas reflexiones para poner mas en claro tan importante consecuencia.

13. Os he demostrado la doble posibilidad que los milagros suponen: una de parte de

Dios, que como Autor de la naturaleza puede contrariar cuando le plazca sus leyes generales y constantes, para sus grandes designios, á fin de llamar fuertemente la atencion del hombre que no admira lo que ve continuamente, y si lo extraordinario; y otra de parte del hombre, para conocer estas obras por medio de sus sentidos y descubrir su carácter sobrenatural con el buen uso de su razon. Tambien os dije lo bastante para que comprendieseis la grande utilidad é importancia suma de los milagros, siendo como son de lo mas á propósito para imprimir un sello divino sobre la verdad y la lei que Dios quiere comunicar á los hombres para su perfeccion y felicidad, y producir por sí solos una plena certidumbre acerca de la fe, para que no deje de ser ésta, sin embargo de su oscuridad intrínseca y considerada como un asenso, *un obsequio racional*, segun la sabia calificacion de San Pablo. Observad ahora cómo la Divinidad de Jesucristo queda evidentemente demostrada por la fuerza que comunican á esta verdad los robustísimos apoyos en que descansan los milagros que la comprueban. Consignados estos en los libros del Nuevo Testamento, cuya autenticidad, verdad é integridad os he demostrado en mi precedente instruccion; constantemente visibles en esa cadena tradicional que forma la liturgia sagrada en las grandes festividades de la Iglesia; prodigiosamente fecundos en tantas conversiones ilustres como han producido; maravillosamente atestigüados por los mismos enemigos de la religion, ya con el silencio hipócrita que guardaban respecto de unos á pesar de la constancia, frecuencia y publicidad con que les anunciaban los apóstoles, ya con las explicaciones mas ridiculas á que apelaban como un último recurso contra la evidencia de los hechos, los milagros, hijos míos, descansan en los mas robustos apoyos: historia, monumentos ilustres, amigos y enemigos; un mundo civilizado por la fe que ellos confirman, una razón católica victoriosa durante diez y ocho siglos de combate: todo esto viene luego á confirmarnos mas y mas en la irresistible fuerza demostrativa que tienen de su parte los milagros de Jesucristo, ya para resplandecer á los ojos de la crítica con todas las luces de la evidencia, ya para poner de bulto, digámoslo así, á la faz del universo y de los siglos, la Divinidad del Redentor del mundo. Jesucristo es Dios; así lo prueban las profecías que en su Persona se cumplen, los muchos, importantísimos y notorios milagros que ejecuta. Mas no nos detengamos: un paso más, y nuevas luces, si esto cabe, vienen á decorar la gloria de esta mision, atestigüando por sí solas, con independencia de las ya dichas y otras muchas pruebas, que solo un Dios podia comunicar á su designio tal eficacia que se realizase cumplidamente á pesar de todos los esfuerzos humanos. Toco pues, hijos míos, á la historia de la Iglesia: tercera prueba de la Divinidad de Jesucristo, y objeto del siguiente punto.

### III.

14. Pocos días antes de su dolorosa Pasion habló Jesús á sus discípulos con el objeto de prevenirles suficientemente acerca de los grandes acontecimientos que iban á tener lugar en su adorable Persona, y de las consecuencias que traicion ellos en el dilatado curso de los siglos: anuncia su Pasion bajo los emblemas de la gloria. "Venida es la

hora en que debe ser glorificado el Hijo del Hombre;" les decía: esto es, en que su muerte producirá la vida, su aparente debilidad instituirá el poder, sus ignominias la gloria, y su sacrificio derramará por todas partes la felicidad. Desde las alturas del cielo su Eterno Padre responde á una plegaria sobre que glorifique su Nombre: *Le he glorificado ya, y le glorificaré todavía*: declara luego que aquella voz desprendida del cielo había venido á la tierra, no por Jesús, sino por los hombres; nota que se aproxima el juicio del mundo y la proscrición del príncipe infernal que le subyuga, y conelnye con estas palabras, que habrían quedado sin comprenderse, si ese torrente de luz que diez y ocho siglos de victorias han reflejado sobre ellas, no las hubiese puesto hasta el nivel de las inteligencias mas limitadas: "Cuando yo sea levantado en alto de la tierra, todo lo he de atraer á mí, dijo: *Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum.*" (Joann. XII, 32.) ¿Qué es esto, amados hijos! ¿Cuál es el sentido de estas palabras misteriosas! ¿Qué daba á entender el Redentor al pronunciarlas! Bien comprendemos que el ser levantado de la tierra significaba su muerte de Cruz, pues que clavado de piés y manos en ella, fué levantado en alto y colocado sobre su mismo patíbulo en la cumbre del Calvario. ¿Pero cómo de este hecho se hallaría pendiente un sin fin de acontecimientos gloriosos? ¿Qué virtud incomprensible quedaba encerrada en aquel madero de ignominia, capaz de reunir en su torno á todas las generaciones, de atar á su pié la cadena de los siglos, de encerrar en sí los futuros destinos de la humanidad? Si un conquistador acreditado en cien rudos combates y conducido hasta los términos del orbe sobre las alas de la fortuna, despues de haber sometido muchos pueblos me dijese: *voi á réinar*; si una sociedad compuesta de los mas ricos del orbe me anunciase grandes empresas de mejoras y adelantos; si hombres que hubiesen ganado mui extendida fama en la tierra por su alta posición en la sociedad, me hablasen de influjo en la suerte política de los Estados, yo les comprendería sin duda; porque nada fuera mas natural que sus anuncios. Pero que una persona nacida entre las pajas de un pesebre, ignorada por cerca de treinta años, no solo del mundo, sino casi de las comarcas mas inmediatas al lugar de su residencia; que no cursó las escuelas de los filósofos ni visitó las academias de los sabios, ni había recorrido el mundo con el espíritu investigador del viajero; reducido á la miseria última, no teniendo como estaba profetizado, ni aun donde reclinar su cabeza; que abre su carrera pública pobre como siempre, retirado como siempre, sin variar en lo absoluto de condicion; que no se hace seguir sino de doce pobres pescadores, rudos, ignorantes, despreciados; que anda entre la envidia de unos por la santidad de su vida y la firmeza de sus oráculos, el odio de otros y el desprecio de muchos; que aparece como el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe, y pronto va á ser condenado á muerte de cruz: que una persona tal, repito hijos míos, diga, con tanta seguridad y firmeza, refiriéndose á este último suceso de su vida mortal: "Cuando yo haya sido levantado de la tierra, todo lo he de atraer hácia mí." esto no se comprende; es un enigma para la inteligencia, un arcano para la razon, un decir inconcebible, un anuncio de todo punto irrealizable en el orden de la naturaleza.

15. Si pues todo suceda como se predice; si los dos brazos de ese madero pesan los destinos del mundo, como canta la Iglesia, y representan el precio de su felicidad; si en

torno de ese patíbulo van á congregarse unas despues de otras, para formar una inmensa cadena, todas las eminencias históricas que han de descollar en el curso de los siglos; monarcas poderosos, príncipes ilustres, célebres guerreros, talentos agigantados, sabios insignes, esclarecidos ingenios; todas las luces de la inteligencia, todos los triunfos del carácter, todos los sentimientos del corazon, todos los poderes, todas las grandezas y todas las glorias; esto solo, amados hijos, no prueba evidéntisimamente que quien espiró en una Cruz sobre la cima del Gólgota, bajo el gobierno de Pilato y con el nombre de *Jesus Nazareno*, era no solo un hombre, sino al mismo tiempo un verdadero Dios! Aquel soldado que había sido actor en tan terrible tragedia, no necesitó que trascurriesen los siglos; bastóle presenciar el sentimiento de la naturaleza, para decir sin vacilar: "Verdaderamente que éste era Hijo de Dios." *Vere filius Dei erat iste*. Con que nosotros, hijos míos, nosotros que ya nos acercamos al último eslabon de una cadena de veinte siglos; nosotros que poseemos la historia de todos los triunfos de la Cruz; que la vemos resplandeciente en los cadalsos por espacio de tres centurias, soberana de los tronos y reina de las potestades supremas de la tierra desde la conversion de los Céesares, maestra que ilustra á los mas insignes doctores, timbre que condecora extraordinariamente á los personajes mas ameritados é ilustres, bandera de una milicia inmensa que ha sostenido todo linaje de combates y ha dejado señalado su tránsito por una línea de trofeos; nosotros que sabemos el establecimiento del cristianismo, la inauguración de la Iglesia, la predicación del Evangelio, la conversion del mundo, la inmensidad y perpetuidad del reino de Jesucristo en la tierra; nosotros instruidos por la voz de la historia en toda esa ciencia que abarcan estas palabras: "Cuando yo haya sido levantado de la tierra, todo lo he de atraer á mí;" ¿no tenemos en los fastos mismos de la Iglesia un torrente de luz para descubrir la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, un inmenso arsenal para surtirnos de poderosas armas que esgrimir en los combates del Señor, á fin de rendir y avasallar á los enemigos de este dogma? Sin duda alguna. Luego el establecimiento del cristianismo, la propagación del Evangelio y la perpetuidad de la Iglesia son, cada cosa de por sí, una incontrastable prueba de la Divinidad de Jesucristo; pues cada una tiene por sí misma el robusto apoyo de un hecho cierto, sobrenatural y constante, cual es la conversion del mundo. Hecho cierto, hijos míos, que no necesita probarse. Si alguno en la tierra viniese á pedirme sus pruebas, le diría con tanta razon como aquella persona que hablaba de la resurrección de Jesucristo: "¿Tú solo eres peregrino en Jersusalem?" La conversion del mundo está en el mundo de hoy, en el mundo de ayer, en el mundo de ántes de ayer; es decir, hijos míos, en el universo católico, que no es de hoy, que no es próximo, que no es reciente; sino que remonta su origen hasta Jesucristo muerto, resucitado y glorioso.

16. Ya sabéis, porque es un hecho universalmente notorio, que ántes de Jesucristo había dos mundos, ó para decirlo mejor, el mundo presentaba dos faces ó estaba dividido en dos porciones mui desiguales: el judaismo, porción pequeña que era el pueblo escogido, y el gentilismo, que componia el resto de la humanidad. Pues bien, hijos míos, ¿dónde está el judaismo? Como pueblo, como nacion, como sociedad constituida, en ninguna parte; individualmente repartido, como un pequeño vaso de agna dividido en go-

tas que aparecen aquí y allá salpicando un espacio inmenso, está en todas. ¿Dónde está el gentilismo? Moralmente hablando, en la historia. Luego lo que antes había no representa el cuadro de los tiempos modernos. ¿Qué veis en su lugar? El cristianismo instituido, universal, inmenso, dominante: el cristianismo en la razón católica, que es la razón moderna; el cristianismo en las virtudes cristianas, que santifican al hombre; el cristianismo en el culto católico, que inmola todos los días, en todas partes y hasta en las últimas extremidades de la tierra la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada; el cristianismo en la familia, que representa la mística unión de la Iglesia y Cristo, que se inaugura en su templo y que vive de su gracia; el cristianismo en la sociedad civilizada por la Cruz; el cristianismo en el Derecho, modelado y garantido en aquella ley de plenitud predicada por su Divino Fundador; el cristianismo en las instituciones políticas, que le deben su constitución divina, su administración moral; el cristianismo en las ciencias de la más elevada jerarquía, que se han formado sobre principios infalibles, y difundido con el ascendente moral del sacerdocio; el cristianismo en las artes, que han encontrado tipos, inspiraciones únicas en esta escuela divina; el cristianismo en los caracteres más perfectos que presenta la historia, y en el heroísmo sublime y admirable que solo él ha podido infundir en el corazón; el cristianismo en todo, hijos míos, hasta en los herejes que le truncan, en los cismáticos que le desmontan, en los incrédulos que le niegan, en los racionalistas que le volatilizan. ¿Habéis visto, católicos, alguno de esos seres degradados, que asentados en los abismos de la prostitución, repugnan y alejan á todos? ¿No os ha sucedido el tener noticias acerca de algunos, saber que tienen una ascendencia ilustre, que se mecieron en opulentas cunas, y en otro tiempo gozaban del influjo y acatamiento que otorga el mundo á las primeras categorías de los hombres? Al través de sus tinieblas se columbran algunos rayos de luz: su fisonomía descubre su origen; su lenguaje manifiesta su educación, y hasta sus mismos modales vienen á ser para él unos testigos impertinentes que le denuncian y traicionan cuando más empeño tuviera en confundirse. De esta manera, hijos míos, esas mismas luces de que han abusado los enemigos de la verdad católica, esas mismas armas de que se sirven con tan escandalosa maldad, esos mismos conocimientos que con tal solícitud emplean para difundir el error, les denuncian en su origen, en su creencia primitiva, en el saber mismo de que son deudores á la fe, y de esta suerte sirven á su pesar como pruebas forzadas de la verdad que combaten, de la Divinidad que desconocen. Verdaderos hijos pródigos, comprueban con sus mismos desórdenes el cuantioso precio de un patrimonio malogrado, y atestiguan, volveré á decirlo, con la herejía, el cisma, la incredulidad, el racionalismo y hasta la gangrenosa indiferencia, la verdad que combaten, la moral que desmienten, la Divinidad que niegan.

17. Sí, amados hijos, cuando vemos el cuadro que presentaban en los principios de su empresa y presentan hoy los propagadores del Evangelio; cuando les vemos comenzar la grande obra de la conquista intelectual, moral y religiosa de la tierra con solo el poder de su palabra; cuando les vemos despedir en la unidad de un sonido hacia las turbas una muchedumbre de idiomas, para que toda palabra se declare tributaria de la Cruz, y á estas turbas rendidas ante el poder irresistible de aquella voz milagrosa, caer ánta

el Madero sagrado en señal de creencia y vasallaje; cuando á la voz de Pedro, que recogía para su Divino Maestro el tributo de admiración que la multitud atónita le rendía cuando curó al cojo de nacimiento, vemos caer á sus piés cinco mil creyentes y formar con los anteriores las bellas primicias de la santa Iglesia de Jesucristo; cuando á pocos pasos del tiempo vemos progresar este pueblo nuevo con asombrosa rapidez, y se ofrece á nuestra admiración inaugurada como Cabeza de un reino inmenso aquella soberbia Roma que había sido ántes la Señora del mundo, y esto, sin embargo de ser por espacio de tres siglos el centro de la más terrible persecución, y consideramos el estado que guarda hoy la obra de aquellos doce discípulos presididos por el pescador de Galilea; entónces, hijos míos, nuestra razón vencida con tantas maravillas, tantos prodigios y tan incomprensibles victorias, no puede ménos de reconocer la obra de un Dios y de solo un Dios en el establecimiento del cristianismo, propagación del Evangelio y perpetuidad de la Iglesia.

18. En efecto, nada más sorprendente que este cuadro: doce hombres se multiplican maravillosamente con la comunicación íntima de su misión y de su espíritu; se enseñorean del mundo por la predicación del Evangelio, la fuerza del ejemplo y el espectáculo de sus milagros; ganan las convicciones, para establecer la creencia, é inclinan delante de un madero, que sirvió de patíbulo, la frente sumisa de todas las naciones. ¿Cuál era su enseña? una Cruz. ¿Cuáles fueron sus armas? la palabra y el ejemplo. ¿Cuáles eran sus recursos? la pobreza, la desnudez, el hambre. ¿Cuáles eran sus máximas? la vanidad de las cosas humanas, el aniquilamiento del amor propio, guerra abierta á todas las pasiones, humildad profunda, negación de sí mismo. Sin embargo, ellos conquistaron al mundo, le conquistaron en Nombre de Jesucristo, le conquistaron á despecho de la filosofía, á despecho de la política, á despecho del poder armado de los Césares. ¿Qué consecuencia debe inferirse de todo esto? Que Jesucristo es Dios.

19. Sin haber hecho más, hijos míos, que tomar mi lugar encima, digámoslo así, algo de lo inmenso que abarca en su conjunto, ya el Antiguo Testamento, ya el Nuevo, ya la historia de la Iglesia para demostrar la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, creo haberos dicho lo bastante, acomodándome á la inteligencia común, para que todos vosotros quedéis persuadidos plenamente de que las evidencias todas se reúnen aquí, para presentar en toda su luz este dogma sublime y consolador del cristianismo, esta verdad fundamental de su doctrina, esta base inmensa y profunda en que descansa el edificio augusto de la Iglesia. Jesucristo es Dios: así lo prueban los libros de Moisés, revestidos de todos los caracteres que producen la más plena certidumbre. Jesucristo es Dios: así lo manifiesta ese vasto conjunto de predicciones que los Profetas dejaron escritas en sus libros. Jesucristo es Dios: así lo declaran los milagros que precedieron, acompañaron y siguieron inmediatamente á su nacimiento. Jesucristo es Dios: así lo persuaden su vida sin mancha, su carácter sin tipo ni copia, sus virtudes verdaderamente divinas. Jesucristo es Dios: así lo proclama la prodigiosa muchedumbre de sus milagros, afirmados con testigos irreconcilables, sostenidos con la cadena de una tradición continua, confesados por la fe pública y constante de la Iglesia durante diez y ocho siglos. Jesucristo es Dios, como lo demuestran los caracteres únicos de su doctrina celestial: Je-

Jesucristo es Dios, como lo acreditan el milagroso establecimiento del cristianismo, la rápida propagación del Evangelio, la constancia y perpetuidad de la Iglesia. Jesucristo es Dios: luego los Libros de Moisés son divinos, pues cuentan con el testimonio del Mesías. Jesucristo es Dios: luego los Libros de los Profetas fueron inspirados, pues que con su palabra y con sus obras les dió una solemne ratificación, y lo mismo sucede con todos los otros del Antiguo Testamento. Jesucristo es Dios: luego todos los Libros del Nuevo Testamento son igualmente divinos; luego el llamamiento de los apóstoles es una vocación divina; luego el establecimiento de la Iglesia es una institución divina; luego la doctrina católica es una doctrina divina. ¡Qué dogmas, hijos míos! ¡Qué consecuencias! ¡Qué institución! ¡Qué pensamiento! ¡Qué doctrina! ¡Cuánta luz sobre toda la humanidad! ¡Dichosos nosotros, amados hijos, que fuimos llamados á formar parte del inmenso pueblo que cree y adora á Jesucristo; que poseemos la doctrina de luz y santidad que reveló Jesucristo; que por ella confesamos la fe de Cristo, estamos sujetos á la lei de Cristo y vivimos de la gracia de Cristo; que por el carácter de que nos revisió el Bautismo, hemos recobrado la excelsa dignidad de hijos de Dios, y en consecuencia el título de herederos suyos y coherederos de Cristo; y que tenemos una seguridad plenísima de llegar, mediante la creencia y observancia de esta doctrina de salud, á esa Jerusalem de los cielos, bañada con los esplendores eternos del Padre, morada de la paz y del contento, recinto amado donde los escogidos disfrutan sin mezcla, sin medida y sin zozobra el goce del Sumo Bien por los siglos de los siglos.

## EXPLICACION PASTORAL

DE LA

**DOCTRINA CRISTIANA**

DISTRIBUIDA

EN VARIAS INSTRUCCIONES.

PRIMERA PARTE.

**LOS DOGMAS DE LA FE.**

INSTRUCCION PRIMERA.

SOBRE LA FE, CONSIDERADA COMO DOCTRINA, COMO VIRTUD Y EN SUS ACTOS.